

SEGUNDA PARTE.

HERNAN CORTÉS.

I.

Espedicion de Hernandez de Córdova.—La bahía de Campeche.—Dos bautismos, Julian y Melchor.—Combate.—Hernandez queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva-España.—Discurso de un cacique.—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernan Cortés.—Su retrato.—Preparativos de la espedicion que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un náufrago español.—Relacion de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique.—Los embajadores de Motezuma.—Situacion crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimision de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante.

LA conquista de la isla de Cuba no podia satisfacer la ambicion de Velazquez, que sufría con impa-

ciencia la autoridad de don Diego: deseando sustraerse á ella, pensó que lo lograría si tenía la fortuna de hacer algun descubrimiento importante que le proporcionase un gobierno independiente. Por lo tanto equipó dos navíos y un bergantín y confió el mando de esta pequeña escuadra á Hernandez de Córdova (1), prescribiéndole que siguiese el rumbo al Oeste, porque presumía que existiese hácia aquel paraje un gran continente no visitado todavía por ningun europeo.

Hernandez se dirigió hácia la Tierra Firme llamada de Yucatán, y cuando hubo llegado á la costa, siguió su rumbo, siempre remontándose, hasta la bahía de Campeche, donde crece la madera que sirve para los tintes. Habiendo desembarcado en diversos parages de la costa, tuvo que sostener algunos combates con los habitantes, encontrando una resistencia inesperada; pero estos indios eran lós menos salvajes y mas aguerridos de cuantos los españoles habian visto hasta entonces, que estaban casi todos desnudos. Estos tenían vestidos hechos de una tela de algodón picado; sus armas, que manejaban con bastantes destreza, eran espadas de madera guarnecidas de agudos pedernales, lanzas, arcos, flechas y escudos. Se pintaban el rostro de

(1) *Otros historiadores llaman Francisco Fernandez de Córdova al comandante de esta escuadra, en que iban ciento diez hombres, siendo piloto de las naves el célebre Anton Alamínos.*—(Nota del traductor).

diversos colores y adornaban su cabeza con un penacho. Entre ellos fué donde se vieron las primeras casas de piedra y cal, edificadas con cierta regularidad. En algunos encuentros batieron á los españoles, haciéndolos reembarcarse, y estos hicieron prisioneros á dos jóvenes indios, que despues recibieron el bautismo. Les pusieron los nombres de Julian y Melchor, y prestaron grandes servicios á los españoles sirviéndoles de intérpretes y mediadores con los mejicanos.

Un dia en que bajaron los españoles á tierra para renovar su provision de agua, se les acercaron cincuenta indios para preguntarles si venian del país donde sale el sol. Como les respondiesen que sí, fueron llevados por aquellos indios á un templo de piedra donde un horrible espectáculo se ofreció á su vista. Allí estaban colocados ídolos horriblos, teñidos de sangre que aun humeaba. Al instante se presentaron dos hombres con capas blancas y con sus largos cabellos negros atados por detrás, los que se adelantaron hácia los españoles, trayendo en su manos unas cazoletas de tierra. Cuando estuvieron en frente de los advenedizos, echaron en las cazoletas una especie de sustancia resinosa, arrojando hácia los españoles el humo que levantaba. Terminada la ceremonia, les intimaron que saliesen del país amenazándoles con la muerte si no obedecian. Los españoles juzgaron que no era prudente el permanecer mas tiempo entre aquellos indios y se volvieron prontamente á sus navíos.

Desembarcaron tambien en otro paraje cerca de Potonchan; pero fueron atacados por una numerosa tropa de indios, con tal impetuosidad y rabia, que mataron cuarenta y siete, hirieron á otros muchos, que pudieron escapar con dificultad de la matanza general, refugiándose en sus navíos. El mismo Hernandez, jefe de la espedicion, quedó herido muy gravemente, por lo que tuvo que volverse al instante á Cuba, donde despues de haber dado á Velazquez cuenta detallada de la espedicion, murió de resultas de sus heridas.

Los nuevos descubrimientos hechos en su nombre sobrepujaban las esperanzas de Velazquez, que resolvió continuar su exploracion, cuyos resultados habian sido tan brillantes, y que le prometia otros no menos ventajosos. Equipó de nuevo tres navíos y un bergantin, eligiendo para comandante de esta escuadrilla á Grijalva, oficial en quien corrian parejas el valor y la esperiencia. Velazquez le intimó que se limitase á buscar nuevas tierras sin detenerse á formar establecimientos en las que pudiese descubrir.

Grijalva se dirigió en línea recta hácia Yucatan; pero no advirtió que las corrientes le llevaban hácia el Sur, alejándole un poco del rumbo que se proponia seguir. A causa de este desvío descubrió cerca de la costa oriental de Yucatan la isla de Cozumel, y desde allí siguiendo la costa llegó á Potonchan, donde Hernandez habia tenido tan mal recibimiento. Los compañeros de Grijalva, que es-

taban impacientes por vengar la muerte de sus compatriotas y la afrenta hecha al pabellon español, pidieron se les dejase desembarcar, y su jefe bajó con ellos á tierra.

Estaban los indios tan orgullosos con la victoria que habian conseguido poco tiempo antes, que salieron muy ufanos al encuentro de los españoles; pero bien cara les costó su valentía. Doscientos quedaron en el campo y los demás huyeron llevando el terror por todas partes; pero Grijalva no quiso aprovecharse de esta ventaja, y satisfecho con haber dado una severa leccion á los indios de Potonchan, se hizo á la vela para seguir costeando. Júzguese cuál seria la sorpresa de los españoles al ver por todas partes pueblos y ciudades construidas con regularidad; casas de piedra y de cal que su imaginacion trasformaba en palacios, y encontrando grande semejanza entre la España y este país, le llamaron Nueva-España, nombre que todavía conserva.

La espedicion llegó despues á la embocadura de un rio, al que los naturales llamaban Tabasco y al que los españoles para honrar á su digno jefe pusieron el nombre de Grijalva: el rio ha conservado este nombre; pero la comarca que riega se llama todavía Tabasco. La extraordinaria fertilidad del país, que estaba tambien muy poblado, convidó á Grijalva á bajar á reconocerle: desembarcó con todas sus gentes bien armadas; pero apenas habian puesto el pié en la costa, cuando una muchedumbre

de indios, dando horribles gritos, les prohibió pasar adelante. Grijalva sin intimidarse por sus amenazas fué avanzando hácia los indios, y cuando estuvo á tiro de flecha, mandó hacer alto y formó sus tropas en batalla. Despues ordenó á Julian y Melchor, los dos americanos llevados por Hernandez, que fuesen á decir á los indios que lejos de haber venido para hacerles daño, no deseaba mas que hacer alianza con ellos.

Si los indios quedaron asombrados á vista del órden de batalla, uniformes y armas de los españoles, no menos les sorprendieron las proposiciones pacíficas que les hacia el comandante de los enemigos. Algunos jefes se acercaron, sin temor y no tuvieron motivo de arrepentirse porque Grijalva los recibió con mucho cariño. Díjoles por medio del intérprete, que él y los que le acompañaban eran súbditos de un gran rey, dueño de todos los países por donde el sol sale, y que venia enviado á ellos por este monarca para que se sometiesen á su dominio.

Esperaba Grijalva el resultado de esta intimación, que produjo murmullos de cólera entre los indios, indignados de la audacia de aquellos insolentes extranjeros; y uno de los jefes, imponiendo silencio á la turba irritada, vino á dar esta respuesta: "Que no podian comprender se les hablase de paz al mismo tiempo que se queria esclavizarlos. Que era tambien muy extraño se les quisiese sujetar á un nuevo dueño antes de saber si estaban ó no conten-

tos con el suyo, y que de todas maneras, supuesto que la cuestion era de paz ó de guerra, ellos no podian resolverla sin consultar á sus superiores acerca de las proposiciones que acababan de oír." Alejóse en seguida, dejando á los españoles admirados de la firmeza y sabiduría de esta contestacion.

Poco tiempo despues volvió á decir á Grijalva que sus jefes informados de cuanto habia pasado en Potonchan, no tenian miedo á la guerra, como lo manifestarian en caso necesario; pero que siempre preferia la paz. Que le habian encargado trajese al jefe de los hombres blancos una gran cantidad de víveres, que le regalaban como una prueba de sus pacíficos sentimientos.

Apenas habia acabado de hablar, cuando se presentó el mismo cacique, sin armas y con una muy corta escolta de los suyos. Despues de las mutuas saluciones entre el príncipe indio y el comandante español, sacó aquel de una cesta que sus gentes habian traído, magníficas armaduras de oro, guardadas de piedras preciosas y adornados con plumas de colores, y ofreciendo estos regalos á Grijalva, le dijo le suplicaba los aceptase como una prueba de su amor á la paz; pero que para evitar un rompimiento entre ellos, era preciso que se alejara del país lo mas pronto posible.

El jefe español, á su vez, correspondió al cacique con varios regalos que él recibió con la mas viva satisfaccion, y se comprometió además á salir prontamente, por lo que fiel á su palabra, se dió prisa á

embarcarse. La expedición continuó avanzando á lo largo de la costa, hasta llegar á una isla que tenía casas de piedra y un templo. En el centro de este templo, abierto por todas partes, habia colocados sobre sus altares diferentes ídolos horribles, y delante de ellos estaban espuestos los cadáveres de seis hombres, que parecian haber sido inmolados la noche anterior. Horrorizados los españoles á vista de estos crímenes de una feroz superstición, dieron á esta isla el nombre de isla de los sacrificios. Bien pronto se convencieron de que la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas á los ídolos, reinaba en todos los pueblos de aquellas regiones, porque habiendo llegado poco tiempo despues á una isla llamada Kulva por los naturales, vieron todavía mayor número de cadáveres humanos sacrificados á las divinidades indias. Los soldados españoles se estremecieron á vista de éstos abominables sacrificios. Grijalva añadió el nombre de Juan al que ya tenía la isla, que todavía se llama de San Juan de Ulúa.

Los españoles encontraron por todas partes oro en abundancia, y seducidos por las riquezas de aquellas fértiles comarcas, algunos compañeros de Grijalva querian formar un establecimiento en la costa; pero su jefe conformándose á las instrucciones de Velazquez, les negó el permiso, limitándose á tomar posesion en nombre del rey de España, de todos los países á donde llegaba, y sin detenerse siguió costeando hasta la provincia de Pánuco, que por aque-

lla parte es la última de Nueva-España y de Méjico. Allí tuvo que rechazar un furioso ataque de los indios, matando una buena porcion de ellos, y como la violencia de las corrientes contrarias no le dejase seguir la exploracion de las costa, tuvo que dar la vuelta á Cuba.

Al llegar á esta isla, sufrió injustas reconvenções de parte de Velazquez, que le acriminaba por haber cumplido escrupulosamente sus órdenes, no fundando una colonia en el rico territorio que habia descubierto. El gobernador de Cuba resolvió reparar lo que él llamaba la falta de su teniente, y equipó con la mayor prontitud diez navíos de ochenta á cien toneladas.

¿Pero á quién Velazquez, este hombre tan suspicaz y desconfiado, daría el mando de esta flota considerable? No queria correr en persona los peligros de una expedición larga y difícil, además de que por otra parte su presencia era necesaria en Cuba. Su previsora ambicion tenía bien calculados todos los azares, principalmente el de un desastre que hubiera tal vez estorbado su regreso á una isla en la que sí le era posible, queria mantenerse contra la autoridad de don Diego. La eleccion de comandante inquietaba mucho á Velazquez, que tardó mucho en fijarse entre todos los concurrentes que solicitaban el honor y la responsabilidad de una empresa tan grandiosa, porque se temia que eligiendo un jefe de valor é inteligencia y el mas á propósito para el desempeño, le arrebatase la utili-

lidad y la gloria, no queriendo resignarse á desempeñar un papel subalterno el conquistador de tan vastas regiones. Velazquez, en fin, deseaba encontrar un jefe de capacidad, y que sin embargo consintiese en estar bajo la dependencia del gobernador de Cuba, siendo el instrumento dócil de su voluntad.

La casualidad le hizo encontrar al hombre que parecia destinado por la Providencia á la ejecucion de la empresa preparada por Velazquez.

HERNAN CORTÉS habia nacido en 1485 en Medellin, villa de Estremadura, de una familia noble, y habiendo cursado en su primera juventud en la universidad de Salamanca. Su padre queria que se aplicase á la jurisprudencia; pero una profesion grave no podia convenirle: el estudio de las leyes contrariaba sus inclinaciones y la viveza de su carácter; por lo que, cediendo al ascendiente de una vocacion irresistible, prefirió la carrera de las armas. Obtuvo el permiso de pasar á Italia para servir á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino el mismo dia de su partida, le impidió su aprendizaje militar en la escuela del Gran Capitan, aunque no pudo impedir sus inclinaciones y sus proyectos. Todas las miradas se dirigian entonces á las Indias occidentales, y Cortés cedió al impulso que lanzaba tantos aventureros al Nuevo-Mundo, resuelto á ir á buscar tambien en él la fortuna y la gloria.

Llegó á Santo Domingo en el año de 1504, provis-

to de cartas de recomendacion para don Nicolás de Ovando, el gobernador de la isla Española, y fué muy bien recibido. Apenas tendria entonces unos veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energía durante su viaje, en el que se vió espuesto á grandes peligros.

Ovando, á quien agradó desde un principio, le tuvo á su lado por algun tiempo, confiándole comisiones importantes y quedando satisfecho de sus talentos y su celo. La fisonomia de Cortés prevenia á favor suyo: era bien formado y realizaba sus ventajas exteriores con cualidades que le granjeaban el afecto de cuantos le conocian. Generoso, discreto, chistoso en su conversacion, tenia gusto en hacer un favor; pero sin ostentacion y sin pretender sacar partido de su condescendencia. Sencillo y modesto en sus modales é indulgente con los demás, tenia horror á la maledicencia.

En 1511, Velazquez, que habia oido hablar del mérito de Cortés, le propusó el empleo de secretario y le llevó consigo á Cuba; pero el gobernador descontentó á algunos, y Cortés, que habia caido en desgracia suya, se encargó de presentar las quejas de los descontentos en la real audiencia de Santo Domingo. Habiendo sido descubierto este proyecto, Cortés fué preso y sentenciado á la pena capital. Intercedieron por él personas de consideracion y pidieron su indulto, que fué concedido por el gobernador, limitándose á enviarle preso á Santo Domingo.

Le embarcaron en un navío pronto á partir; pero como á bordo no tuviesen cuidado de él, se atrevió por la noche á saltar al mar, llevándose agarrada una tabla. Con su ayuda y luchando contra las olas, consiguió llegar á la costa, donde volvió á caer en poder de Velazquez; pero esta desgracia fué el origen de su elevacion, porque el gobernador admirando la energía é intrepidez de Cortés, le perdonó y quiso atraérsele colmándole de favores. Creyó haber encontrado en aquel jóven lo que buscaba, es decir, un acérrimo partidario de su voluntad y sus intereses; pero se equivocaba, y todos los que habian podido observar de cerca al nuevo comandante y traslucir la ambicion que le dominaba, pronosticaron que Velazquez no tardaria en arrepentirse de haberlo elegido.

Un día en que el gobernador y el capitán general de la armada fueron juntos al puerto para inspeccionar y activar los preparativos de la expedición, un bufon llamado Francisquillo se acercó á ellos y se puso á decir que Velazquez no tenia prevision y que debia prevenir otra escuadra para ir en persecucion de Cortés. "Compadre, dijo el gobernador, que llamaba así familiarmente á Cortés, por haber sido padrino de una hija suya, ¿ois lo que dice ese pícaro de Fancisquillo?"

—Es un loco, dijo Cortés, y es preciso dejarle hablar.

La envidia y resentimiento de algunos oficiales que habian pretendido el mando concedido á Cor-

tés, consiguieron despertar la desconfianza de Velazquez, y para evitar sus consecuencias trató aquel de acelerar su partida. En pocos días reunió bajo sus órdenes cerca de trescientos hombres, entre los que se hallaba Bernal Diaz del Castillo, que escribió la historia de esta expedicion memorable. El estandarte que dió á sus tropas llevaba el signo de la Cruz con estas palabras latinas por divisa: "*Vincemus hoc signo.*" *Con esta seña venceremos.* Era la inscripcion del Labarum, adoptado por Constantino despues de su célebre victoria contra Maxencio.

Era tanto lo que Cortés temia los efectos de la desconfianza, ya manifestada varias veces por el gobernador, que resolvió embarcarse sin despedirse de él. Velazquez, que se hallaba acostado, sabiendo que la escuadra iba á hacerse á la vela, se levantó prontamente al amanecer, para ir á la costa con un numeroso acompañamiento. Apenas Cortés le vió, vino á saludarle en una chalupa donde habia cuidado se embarcasen hombres de toda su confianza y bien armados. Al acercarse á la costa, Velazquez le dijo: "y qué, compadre, ¿os marchais sin despediros? ¿abandonar así á los amigos es cosa muy estraña!"

—"Señor, le respondió Cortés, os suplico me perdoneis; pero sabed que las grandes empresas reclaman la mayor diligencia: indicadme solamente lo que deseais que ejecute por serviros y vuestras órdenes serán inmediatamente cumplidas." Velazquez atónito guardó silencio, y Cortés volviendo al